



RARA AVIS

A Carlos Pereyra

**S**ON *él* y *ella*; ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarrros; tienen un estanquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. Y sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*, parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que á cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa y estrecha, ojos clarísimos, anegados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada como una amapola; su mirada es limpia y un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; y su abundante cabello castaño oscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustro-

sas ondas en la frente, cae y resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento. . . . . Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente á las filas de panes y bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa muy blanca y su corbata de color, muy bien anudada; *ella* con sus enaguas planchadas y su relicario al cuello, riendo á la vida que pasa tumultuosamente por la calle. . . . .

Qué contraste hacen siempre estas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda ó los arrapiezos, noches sin sueño y días sin reposo! . . . Qué contraste hacen y cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; y las mismas fatigas y ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente y el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga! . . . . . La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha lle-

gado en su consunción á la necesidad del excitante, y bebe ajenjo. La estatua que se perfilaba, serena, inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto á la escultura escueta y atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. Y las dos son copias del hombre; sereno y bello, como la primera, fué el hombre antes de su redención; y después de su redención, en ese inmenso período que aun no se cierra, escueto y lívido. Las bregas del pensamiento siempre en guardia, y las del sentimiento siempre en tensión, han marcado los cuerpos; entre las vestales y las monjas hay la misma diferencia física que entre las palomas y las golondrinas. Entre Mirabeau y Perikles hay la misma diferencia que entre Sofía y Aspasia. El manantial está rebotado..... pero el hombre cada día tiene más sed. Mas no soñemos con la restauración helena, aun cuando sea un sueño divino; no choquemos nuestra fantasía caprichosa con la ley de hierro de la casualidad; y doblemos la cabeza, con todos sus ideales, ante el fatalismo inconsciente de la vida, como dobla el árbol sus ramas cargadas de frutos y flores al soplo ciego del huracán. La historia es una elaboración, y las épocas tienen, como los precipitados químicos, su color especial. Lo cual no impide, sin embargo, que los celajes floten en el cielo y las ilusiones en el alma.....

El caso es que nuestra civilización es extraordinariamente variada, y ha dado al traste con la sencillez antigua. El comercio, la ciencia, el amor, la alimentación, todo es complicadísimo. Da gusto, ó curiosidad cuando menos, encontrarse con gentes rústicas de corazón, que se sientan á la orilla del camino, mientras los demás desfilan atropellándose.... Y aunque por la descripción que de ellos he hecho, se ve que *él* no tiene la arrogante hermosura de Alcibiades, ni *ella* la intachable corrección de Frinea, sino que son dos pobres productos de nuestro molde nacional, que no es muy bueno, forman, sin embargo, excepción entre los tipos que conozco: porque son dos felices, candidamente felices, á quienes el ardiente sol democrático calienta sin quemarlos, y que sienten y saborean el exquisito placer de la vida, en medio de tantos que la detestan por amarga y que sólo la soportan por el miedo de Hamlet. En este sentido son dos antiguos, que no tienen torbellinos en la cabeza ni torcedores en el alma. Son dos niños que juegan al amor, mientras los hombres formales juegan á la embriaguez, al lujo y á la prostitución. Venden pan, cigarros, dulces; comen mal, duermen bien. Van al Zocalo, á oír la música; van á la iglesia, sin más pensamiento que el de rezarle á Dios. Su Dios es un Dios bueno, sonriente.... por supuesto; si ellos son así; la divinidad es un reflejo de las almas. En la calle atra-

vesada por taciturnos y apresurados, *ellos* estorban; son ociosos satisfechos, se detienen en los aparadores, y *ella* le dice á *él* los objetos que la agradan y se los describe pintorescamente. Pasa al gran trote un carraje, que tal vez cuesta muchas tristezas á su dueño, y *ella* exclama sin envidia—qué! muy contenta de que haya quienes tengan cosas bellas:—*qué bonitos caballos!* y *él* repite iluminado de gozo: *qué bonitos caballos!*

Su historia es muy sencilla. Se amaron. *El*, entonces, veía. A los pocos meses de apasionado noviazgo, cegó; y al perder la luz del sol creyó perder también la luz de *ella*. Sublime engaño! La muchacha, sin lamentos, sin lágrimas, con toda naturalidad, fué á verlo en su desesperación, en su noche horrible, y le dijo: *me caso contigo*. No hubiera experimentado emoción mayor si le hubieran arrancado la venda de sus pupilas. Ese hombre debe comprender, porque lo ha sentido, el grito de Dios: *fiat lux!* Se casaron. *Ella* lo peina, lo viste, lo compone, como si fuera su rorro; *él* la acaricia y la besa. Con qué amor tan especial deben amarse!

Los domingos, en el ojal de su levita nueva, *ella* le pone un ramito; y de la mano, con cariño, con solicitud, lo lleva á pasear, á lucir el ramito y la levita nueva. Y lo mira con unos ojos!... Como *él* no la ve, *ella* no esconde sus miradas. Una mujer no puede tener coquete-

rías de ojos con un ciego. Lo cuida y lo mima como una madre á su primer hijo. Y *él*, que se siente penetrado por el amoroso fluido, como si lo envolviera una caricia tibia y buena, vuelve á la esposa sus pupilas muertas, y como si la viera, sonrío... Duermen juntos, en un mismo lecho... Pero no se puede hablar de estas cosas sin que la imaginación de los lectores modernos evoque en el acto un grupo de novela francesa. Hay inocencias que ya no se comprenden. El pudor cristiano ha tenido el impudor de vestirlo todo. De buena gana le pusiera pantalones al Apolo de Velvedere y chaquetilla á la Venus de Milo.

El hombre que ya perdió la costumbre de juzgar las desnudeces como simple artista, ve en ellas algo más que la línea. El hecho estúpido de cubrir las formas ha creado el placer sensual de desnudarlas. Bien es cierto que los miembros escuálidos de San José bien merecen la capa, y muy espesas faldas las carnes flojas de Santa Trigidia ó de Santa Mónica.— Pero puesto que es necesario, no hablemos del lecho, que semeja cuna de gemelos, en la que *ellos* duermen sus amores blancos....

Algunas ocasiones van al teatro, á galería, prefieren el drama, el drama español, sangriento, atravesado de choques de espadas y gemido de dolor y explosiones de ira, palpitante, descabellado, terrible; en el que hay siempre una mujer muy sollozadora, que em-

papa de llanto una docena de pañuelos; un traidor pingajoso, de torya mirada y voz tronatoria; y un justiciero de peluca rubia y espadín colgante, que en el último acto derriba al traidor y se casa con la dama de los pañuelos. Los he seguido á galería. Allí los he visto comer dulces en los entreactos y los he oído platicar encantadoras tonterías. He presenciado sus lágrimas en las tiradas patéticas, sus zozobras en las escenas de expectativa y sus aplausos en el inesperado desenlace.—Se posesionan realmente del drama, al grado, que odian á un pobre Sr. Arteaga, que es el actor traidor, y adoran á un Sr. Zendejas que es el actor justiciero. No pueden hacer la abstracción entre el personaje real y el personaje representado. Es de ver la variación de sus fisonomías, según que en el proscenio medita crímenes Don Nuño ó fulmina cóleras Don Lope. Para ellos, la Sra. Servín es una infeliz digna de compasión, porque si bien es cierto que se casa con el Sr. Zendejas, «no merecía haber sufrido tanto.» «Pobre! siempre la calumnian....» Siguen el drama con avidez angustiosa, se mueven en sus asientos, se codean, contienen el aliento, sudan, esperando y desesperando, el ciego aguzando los oídos, *ella* sorbiendo el escenario con los ojos. Por supuesto que no piensan en las analogías que puede haber entre las escenas del mundo en que viven y las escenas del drama á que han asistido, no; el teatro es para ellos un

mundo aparte, con su existencia propia, real, eso sí; pero sólo en ese mundo hay esos detalles y esos seres. Es una vida de emociones al lado de la vida tranquila de todos los días, independientes las dos.—Guardan los programas con religiosidad; alguna vez sueñan con la cara pintorreada del traidor, «del malvado.»

A la iglesia los he seguido también. Oyen la misa con atención y después de terminada, se arrodillan largo rato frente á un cuadro grande, de lustroso marco dorado y bien res-tirada tela, en la cual se destaca, entre una vegetación exigua, pero muy verde, un viejo sanguíneo, calvo, de abundante barba blanca, cubierto con un burdo manto, enseñando los pies desnudos, carnosos, surcados de hinchadas venas azules. Lleva una palma en la mano izquierda y levanta la otra al cielo, un cielo entre cuyas nubes parduzcas asoman bustos de querubines redondos y mofletudos, con fragmentos de alas.

Un ángel diminuto, regordete, de macizas carnes, colorado, con dos alas cortas y anchas como abanicos abiertos, y un manto color de rosa enroscado entre las piernas, le ofrece al viejo, con sus manecitas tendidas, una mata silvestre y unas flores bien poco lozanas. Abajo del cuadro se lee en parejas letras amarillas: *San Ciro, médico, anacoreta y mártir, de quien*

*fué devoto el beato Francisco Jerónimo.* A la salida del templo, después de introducir sus dedos en la pila del agua bendita para mojar-se la frente, dejan una moneda en la charola de las limosnas, y juntos se van paso á paso por la calle, con una cara de beatitud inefable . . . . Qué le piden á San Ciro, á ese médico descalzo que por todo instrumento de cirugía tiene una humilde palma? Le piden acaso que le vuelva la vista al ciego? . . . . La ironía humana que hasta de ella misma se burla, respecta á esos arrodillados. Y quién no los envidia! Delante de ellos el sabio se lamenta de ser sabio, M. Renan, ese sabio impío, tan terrible como Lutero y tan candoroso como una novicia, destruye los altares con su pensamiento. . . . ay! pero deja su corazón entre las ruinas. . . . *Ellos* no han necesitado, para llegar á la suprema visión del Dante, atravesar como él la pesadilla horrible del infierno. La mentira sublime es para *ellos* una sublime verdad. Son pobres seres atrasados en el gran camino humano, que aislados y contentos en su aislamiento, forman caravana aparte, y bajo sus modestas tiendas duermen el sueño sin cuidados de los que nada saben. Allá, á lo lejos, en la estepa infinita, los elegidos vuelan en las radiosas alas de la electricidad. . . . En tanto ellos, los olvidados, los pobres de espíritu que amaba Cristo, van todavía sobre los torpes mulos, cantando á la luz de las estrellas el *Ave*

*María* . . . . San Ciro médico, sin sus dos devotos, es un cuadro feo; con ellos, es un cuadro encantador.

Un día, que, como de costumbre, entré al estanquillo á comprar cigarros, sorprendí una escena primorosa. La cortina que cubre el fondo, no estaba bien corrida y dejaba ver una pieza pequeña y aseada. El ciego estaba sentado, con una toalla al cuello y la barba cubierta de esponjado jabón, *Ella*, divertidísima, lo afeitaba con singular destreza. Al entrar, oí que le preguntaba como preguntan los peluqueros: «molesta la navaja, Señor?» ¡Tenía una dulzura su voz! . . . . El ciego estaba radiante.

Por último, otra vez los seguí á la Alameda. Un crepúsculo espléndido caía sobre los árboles. Pocas nubes, casi transparentes, ligeramente rosadas. El ocaso, teñido por un barniz de oro pálido, hacía resaltar con rigidez escultórica las crestas restiradas de los montes. Un trozo de la luna lívida cortaba con sus destelladuras la sedosa tersura del cielo. Una banda militar tocaba, y las notas, agitando sus alas vibrantes bajo las tupidas hojas, parecían parvadas invisibles de pájaros. La última luz del día penetraba á las calzadas del parque por entre las mallas verdes, opaca, cenicienta, como cernida por un velo. A lo lejos, el fondo azul era un lienzo para las líneas inmóviles de la torre. No sé qué cosa tocaba la

banda; algo que me gustó mucho, una pieza suavemente melancólica, ó que me pareció así. Se sentaron en una banca de hierro, le compraron á un nevero dos vasos de limón helado y, mudos, absortos en su felicidad, *ella* con su cara de amapola y *él* con su ramito en el ojal de la levita, respirando el aire puro y oyendo la dulce música, permanecieron allí hasta que las estrellas anunciaron la noche. El misterio descendió á la tierra. Una campana tocaba á oración. *Ella* le dió el brazo á *él* y se internaron en la sombra. Desaparecieron. Qué se dirían á solas en la callada noche? Yo sólo sé que me puse á pensar en *ellos* con envidia, que nunca como en ese instante de soledad y silencio, como en esa hora triste y bella que muy pocos saben disfrutar, sentí el deseo inmenso de un amor como el de *ellos* . . . . Las estrellas que se ven como gotas de luz en los pedazos descubiertos del cielo, el aire oliendo á tibia esencia de lirios, la sombra que abriga y oculta, todo convida á amar . . . . y *ellos* se aman! Me fingí una de esas conversaciones á cada instante interrumpidas, con frases que el sentimiento trunca, con palabras que brillan en la obscuridad, con exclamaciones de fuego palpitan-tes . . . . Me fingí suspiros que piden caricias y besos que retozan inquietos y que saltan ruidosos . . . . Y los ví entonces, en lo más denso de la sombra, muy juntos, con las manos enlazadas, temblorosos, los labios en los labios . . . .

El ave del paraíso agitaba sobre *ellos* su plumaje de iris . . . . .

Ay! suspiré levantándome, es una rara avis, el ave divina! . . . . .

Julio, de 1893.

